

Vigésimo Cuarto domingo del Tiempo Ordinario C2022

Siguiendo el largo Evangelio de hoy, mi homilía será corta. Permítanme comenzar de esta manera: han pasado veintiún años desde el 11 de septiembre de 2001. El evento que sucedió ese día está siempre fresco en la memoria colectiva del pueblo estadounidense. Todavía genera sentimientos encontrados en muchos, desde la tristeza por las vidas perdidas hasta la ira por lo sucedido, desde el resentimiento hasta el odio por quienes causaron tal tragedia. Ante tal realidad, Jesús nos muestra la manera de lidiar con los sentimientos negativos a través de las parábolas del perdido y encontrado, y la del hijo pródigo.

Primero, establezcamos el contexto de las parábolas: Jesús muestra cierta indulgencia hacia los publicanos y los pecadores. Les deja acercarse a él, les da la bienvenida, incluso come con ellos. Eso es un escándalo para los fariseos y los escribas. Se quejan de que esos son malos que no respetan la ley, que son incrédulos y desobedientes. ¿Cómo podría Jesús mezclarse con ellos?

La respuesta de Jesús a ellos es muy simple: Sin duda, son malos y no les importa nada espiritual más que los placeres corporales, pero Dios los ama. Para eso ha venido, para encontrar al perdido y llevarlo donde le falta y donde debe estar, es decir, la casa de su Padre. ¿No es así lo que hace un pastor cuando encuentra a su oveja perdida? ¿No es así lo que hace una mujer cuando encuentra su moneda perdida? ¿No es eso lo que hace un padre cuando encuentra a su hijo perdido?

Tal visión lo cambia todo: la situación de pérdida se convierte en motivo de alegría porque lo perdido se encuentra. Eso es así lo que hace el Padre de Jesús; quiere que todos vengan a él y se salven. Esta es la lógica del Reino, que lo perdido se encuentre, que quien se perdió vuelva a encontrar la vida.

Pero, ¿por qué los fariseos y los escribas murmuraban contra la actitud de Jesús? Porque piensan que se debe poner una separación entre los buenos y los malos, los pecadores y los "santos". Sin embargo, a diferencia de ellos, Jesús revela en estas parábolas que Dios ama a todos incondicionalmente, tanto a los justos como a los pecadores, que cada individuo es digno de ser encontrado cuando está perdido.

Como un pastor que perdió una sola oveja, va tras ella y se regocija cuando la encuentra, así hace Dios cuando un pecador renuncia a su situación de pecado y vuelve a él. Como una mujer que perdió su moneda, enciende una lámpara para buscarla, y se regocija con los vecinos, porque la ha encontrado, así actúa Dios con nosotros cuando abandonamos nuestro pasado pecaminoso y queremos escribir un nuevo capítulo de nuestra vida con Jesús

Cada conversión en la tierra trae alegría en el cielo. Cuando renunciamos a nuestros malos comportamientos y nos volvemos a Dios, él se alegra de que nosotros, sus hijos e hijas, podamos actuar así para la gloria de su nombre y nuestra eterna salvación.

Ante tal alegría del cielo y la verdad de que nuestro Padre perdona a los pecadores arrepentidos, la actitud del hijo mayor del Evangelio se hace difícil de comprender. ¿Por qué no se alegra porque ha vuelto su hermano que se había perdido? ¿Por qué no entra simplemente en la casa para celebrar a su hermano que estaba muerto y ahora ha vuelto a la vida?

Algunos somos como el hijo mayor, consumidos por los celos y la envidia del lugar que ocupan en la comunidad los pecadores arrepentidos y los nuevos conversos. Y, sin embargo, el hecho de que nunca abandonamos nuestra fe debe impulsarnos a alegrarnos de que otros lleguen a conocer a Jesús y le den la vida.

Amigos míos, la conversión requiere el coraje de romper con nuestro pasado mortal. El hijo menor se salvó, porque se atrevió a volver a casa y salir de la mala situación en la que se encontraba. Contando con la compasión y la misericordia de su padre, experimentó su generosidad. Sin nuestros esfuerzos por deshacernos de los pecados y sin confiar en la misericordia de Dios, no podemos experimentar en nuestra vida esta paz que proviene de un corazón arrepentido.

Permítanme concluir: Jesús nos llama hoy a la conversión del corazón. Quiere asegurarnos que su Padre nos perdona porque nos ama. Cualquiera que sea nuestra pecaminosidad, nunca es tarde para aclarar las cosas. Una segunda oportunidad siempre es posible. La esperanza es cristiana; la desesperación es anticristiana. No deje que la gracia de Dios pase por su camino sin aprovecharla. No cierre su corazón a la gracia del perdón. Reconcilian con Dios y con sus semejantes, y tendrá la paz de Cristo. Dios los bendiga a todos.

Éxodo 32: 7-11, 13-14; 1 Timoteo 1: 12-17; Lucas 15: 1-32



Fecha de la Homilía: el 11 de Septiembre, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20220911homilia.pdf